FILANTROPÍA Y EDUCACIÓN EN EL SIGLO XVIII: LAS DISPOSICIONES TESTAMENTARIAS DE JOSEFA JOVELLANOS

por

ÁLVARO RUIZ DE LA PEÑA

Tal vez convenga, inicialmente, indicar de forma breve quien fue en vida Josefa Francisca de Jovellanos y Jove Ramírez. Hermana menor del gran Gaspar Melchor, nació en Gijón en 1752. Casó con el procurador general en Cortes del Principado de Asturias Domingo González de Argandona, trasladando su residencia a Madrid hasta el fallecimiento de éste. Tuvo con él tres hijas, Vicenta, Gertrudis y María Isabel (1), fallecidas asimismo tras la muerte del marido. Ya viuda, Josefa se traslada a Gijón poniéndose al cuidado de la administración de la casa paterna, por ausencia de sus hermanos varones y desaparición del padre don Francisco Gregorio. De allí pasa a Oviedo, viviendo con su hermana mayor doña Benita, casada con Baltasar González de Cienfuegos, conde de Peñalba, hasta su ingreso en el convento de Agustinas Recoletas de Gijón, en los últimos meses de 1793 (2).

-
- (1) Curiosamente, en las *Memorias familiares* (1790-1810), Jovellanos se refiere a la descendencia de Josefa en los siguientes términos: "Tuvo mi hermana en este matrimonio tres hijos: dos hembras, doña Vicenta y doña Isabel, que fallecieron antes de llegar a pubertad, y un póstumo que nació y murió a pocos días de la muerte de su padre". El hecho de que Gaspar Melchor no identifique a la tercera de las hijas de Josefa, Gertrudis, aludiendo a ella como "uno póstumo" pone de manifiesto la escasa relación que en aquellos años setenta tuvo Jovellanos con su hermana; tratándose, además, de una niña muerta a los pocos días de nacer, es verosímil que confundiera su sexo.
- (2) Cabe deducirlo así por la fecha del tercer testamento de Josefa, fechado y rubricado en 5 de julio de 1793, en el que expresa su radical intención de ingresar en el convento (siendo la fecha de profesión, que recoge entre otros Canella en 1887, de 8 de julio de 1794). El propio Jovellanos habla de este hecho en carta a González Posada, enviada el 6 de julio de 1793. Vid. *Obras Completas*, II, pág. 569.

El ingreso de Josefa en las Agustinas Recoletas de Gijón produjo en Jovellanos un profundo malestar, que ha quedado reflejado por escrito en las páginas de las *Memorias familiares*... interrumpidas en 1810. Jovellanos mantenía la opinión de que, por las especiales características de su actividad social —dedicada íntegramente a la beneficencia pública—, Josefa era más útil fuera del convento que dentro de sus muros. Pero el hecho es que su ingreso se produjo y se mantuvo hasta la fecha de la muerte, ocurrida en el convento de Agustinas el 2 de junio de 1807 (3) en Gijón.

Sola en el mundo, sin responsabilidades familiares directas, la vida de Josefa Jovellanos transcurrió, antes de su profesión religiosa, dedicada al ejercicio de la caridad pública y al de la poesía. Del primero ha quedado constancia a través del testimonio del propio Gaspar Melchor: "Ardiendo en la más pura y activa caridad ... después de pasar en el templo la primera parte del día, destinaba todo el resto a asistir y consolar a las infelices de su sexo, que por reclusas en la cárcel y en la galera, o por dolientes en el hospital, excitaban más vivamente su compasión. Su caridad era tan discreta como su virtud ilustrada y sólida. No se contentaba con socorrer a estas infelices, sino que las instruía, enseñándoles y explicándoles la doctrina cristiana y las aconsejaba dándoles oportunos documentos de virtud y conducta y las consolaba con amigables exhortaciones a la paciencia y resignación. Pero sobre todo, cuidaba de inspirarles amor al trabajo y conociendo que la ignorancia y la ociosidad eran el primer origen de sus desgracias, no sólo les representaba los bienes del honesto trabajo, sino que enseñaba a hilar, hacer calceta y coser, a las que no sabían estas labores y buscaba y proporcionaba a todas trabajo, para estimularlas más y más con el aliciente de la ganancia...". A su ejemplo se dedicaron otras señoras a ayudarla en tan piadoso ejercicio y cuando pudo concebir la esperanza de dar alguna consistencia a este establecimiento de caridad, buscó para su apoyo la autoridad pública" (4).

Como escritora, Josefa Jovellanos simboliza, por la originalidad y hondura de su expresión artística, el quehacer público de toda una generación

(3) Tanto en las *Memorias familiares*, como en carta al canónigo González de Posada, Jovellanos muestra la gran irritación que le causó este hecho y culpabiliza de él al director espiritual de Josefa, el canónigo Lucas Zarzuelo, "sujeto de más celo y virtud que ilustración" (*Memorias*, B.A.E., t. V, pág. 216): "esta buena hermana (...) me había descubierto su deseo en retraerse al claustro, y yo le había representado tan perfectamente mi desaprobación, que me pareció vendida a mis razones (...). Pero pasado algún tiempo, fuese que no pudo reprimir la vehemencia de su deseo, o que su director le indujo a ejecutarle, ello es que lo verificó súbitamente y con tanto secreto que, aunque avisado en el mismo día, procuré estorbarlo con una enérgica carta a su director, ya, cuando yo la escribía, estaba mi hermana cubierta con el velo a pocos pasos de mi casa". Caso González cita esta carta a Lucas Zarzuelo, dándola por perdida, en la correspondencia de las *Obras Completas*, Tomo II, pág. 568.

(4) *Memorias familiares*, pág. 215-216.

de autores nacidos en Asturias hacia 1750; autores que eligieron la lengua asturiana como vehículo de comunicación, plasmando las preocupaciones ilustradas del momento en versos llenos de intención reformadora (5).

* * *

Tres son las disposiciones testamentarias de Josefa Jovellanos dispuso en vida para su reconocimiento y efectos jurídico-legales (6). La primera lleva la fecha de 18 de febrero de 1791; la segunda es de 10 de octubre de 1792; la tercera y última se rubrica el 5 de julio de 1793.

Puede afirmarse, tras la lectura atenta (y no siempre exenta de dificultades) de los tres testamentos, que en ellos se percibe la aceleración de una ideología que parte, en el primero de 1791, de una concepción fuertemente religiosa —pero aún civil— de la vida terrena, para llegar en el tercero y último de 1793 a una centralización de los intereses testamentarios basada casi exclusivamente en el beneficio que éstos puedan originar a la orden religiosa perentoriamente abrazada.

En efecto, en el texto jurídico de 1791, entre las habituales disposiciones que aluden a la profesión de fe católica de la otorgante (encomienda del alma a Dios, invocación a la protección y amparo de María, amortajamiento del cuerpo con el hábito de San Francisco, sepultura en la Iglesia de Ntra. Sra. del Rosario de la Orden de Predicadores de Oviedo, funerales, misas y demás sufragios correspondientes, declaración de pertenencia a tres cofradías —Rosario, San José y Belén—), se dispone asimismo la “entrega de cincuenta reales por vía de limosna” al Real Hospicio de Oviedo, además de diversas pequeñas cantidades para otras necesidades benéfico-sociales (“reclusas en la cárcel o dolientes en el hospital”). Pero, sin duda, el rasgo que permite definir esta primera disposición testamentaria como propia de una mentalidad, marcadamente religiosa —desde luego— pero todavía civil, es la decisión de la otorgante al nombrar “por mi única y universal heredera a la expresada señora Dña. Francisca Apolinaria Ramírez, mi madre”, matizando lógicamente que en el caso de sobrevivirla “potesto disponer de la citada herencia en favor de la persona o personas que me pareciese y por bien tuviere”. Completa esta actitud secularizada del testamento la elección de los testigos ante los que se registran las disposiciones: “Simón Miguel Vigil,

(5) El lector interesado en el conocimiento de este singular corpus poético (Bruno Fernández Cepeda, Juan González Villar, Antonio Balvidares o la propia Josefa Jovellanos) puede consultar entre otros, los siguientes trabajos: CARMEN DÍAZ CASTAÑÓN, *Literatura asturiana en bable*, Salinas, Ayalga, 1976; XUAN XOSÉ SÁNCHEZ VICENTE, *Esvilla de poesíes na llingua asturiana*, Oviedo, B.P.A., 1979; ÁLVARO RUIZ DE LA PEÑA, *Introducción a la literatura asturiana*, Oviedo, B.P.A., 1981; MIGUEL RAMOS CORRADA, *Sociedad y literatura bable (1839-1936)*, Gijón, Silverio Cañada, 1982.

(6) *Archivo Histórico Provincial de Asturias, sección Protocolos, Cjs. 1347, 1348, 1349.*

Juan Francisco de Aulestia y Manuel Antonio del Río, vecinos de esta ciudad" de los que no se dice ni añade nada que haga pensar en dignidades eclesiásticas, como ocurre en el tercer testamento de 1793.

El segundo de los testamentos ordenados y dispuestos por Josefa Jove-llanos se registra un año y nueve meses después del primero (7). En la perspectiva que he querido situar mi trabajo resulta de gran interés, dado que en él se sustancia pormenorizadamente la intención benéfico-reformadora de quien lo suscribe.

Resulta perfectamente conocida la sensibilidad extrema de la sociedad ilustrada para todos aquellos asuntos relacionados con la educación de niños y jóvenes, pero debe tenerse asimismo en cuenta que, dentro de esa línea de preocupación generalizada por la educación, no se midió por idéntico rasero a las mujeres y a los hombres. Hay que esperar a 1783 (Real Cédula de 1 de junio) para ver promulgada la creación de Escuelas de Niñas en todo el país; en uno de sus reglamentos la ley indica que "las niñas que quieran aprender a leer y escribir les será enseñado por sus maestras", lo que parece demostrar el carácter lateral de la instrucción en el proceso educativo de las futuras mujeres. Años más tarde, en 1797, se afirmará explícitamente que las niñas deben aprender "los conocimientos comunes, como la religión, las costumbres, la lectura, escribir y aritmética" (8). La Real Cédula de 1783 sólo establece como materias obligatorias para las escuelas de niñas los rezos y las labores.

Este carácter secundario de la instrucción de las niñas fue un lugar común a lo largo del Siglo XVIII, que puede percibirse también en la desnivelación porcentual de las niñas que reciben educación con respecto a los niños. En 1797 el número de educandas es de 88.513 y el de niños de 304.613, según el Censo de Población de España, impreso en 1801. Naturalmente, existían otros modelos educativos para las niñas; dada la fuerte estratificación social de la centuria, era esperable que tal circunstancia quedara reflejada en los planes y programas que regulan la enseñanza privada (desde los dirigidos a las niñas nobles de las Salesas, por ejemplo, que abren su primer colegio en 1757 en un palacio cedido por Bárbara de Braganza, hasta los que se orientan a la instrucción de niñas pobres, pasando por los que Doña Josefa Amar de Borbón elabora para las hijas de la incipiente burguesía en su *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*, impreso en 1780 (9).

(7) Es el más extenso de los tres (consta de 21 folios, frente a los 16 del anterior y los 10 del último).

(8) Citado por MARGARITA ORTEGA, "La Educación de la mujer en la España de la segunda mitad del siglo XVIII", en *La Educación en la Ilustración Española, Revista de Educación*, nº extraordinario (1988), págs. 305-325. Esa formulación explícita está en la *Novísima Recopilación*, Libro VIII, tit. I, Ley X.

(9) Cfr. JULIA VARELA, "La Educación Ilustrada o cómo fabricar sujetos dóciles y útiles", en *La educación en la Ilustración Española*, cit., págs. 247-274.

A la altura de 1792, año del segundo testamento de Josefa Jovellanos, la educación de los niños y niñas pobres se sentía, pues, como una necesidad ineludible para muchos ilustrados. En el caso de las niñas debe insistirse en que se trataba más de formar mujeres virtuosas capaces de llevar adelante la administración doméstica y ser ejemplo para los futuros hijos del matrimonio, que de proporcionarles instrumentos de cultura básicos para su desenvolvimiento social posterior; lo había expresado muy bien Campomanes ante la Sociedad Económica Matritense de 1775: "de todos los medios que un sabio legislador puede poner en planta para mejorar las costumbres y conservarlas en su decoro, es seguramente la educación de las niñas, que un día han de ser madres de familia, la más importante, pues ambos sexos reciben las primeras impresiones de las advertencias y del ejemplo de sus madres" (10).

LA ESCUELA DE NIÑAS POBRES "NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES"

En este segundo testamento de 1792, Josefa Jovellanos dispone de dotación de dos fundaciones para después de su fallecimiento. Una se refiere a la provisión de una plaza de penitenciario para la Iglesia Parroquial de Gijón, que ha de cubrirse por concurso, especificándose que las preguntas del examen "se harán por el catecismo de Pío V" (11). La otra disposición es la que ocupa la mayor parte del testamento, sobre la fundación escolar para las niñas pobres. A continuación, paso a transcribir los deseos expresos de la fundadora, tal como aparecen en este texto jurídico.

Se inicia la reglamentación con la advocación a Ntra. Sra. de los Dolores: "habrá perpetuamente en la Villa de Gijón una Escuela de Niñas, con el título de Enseñanza Caritativa de Ntra. Sra. de los Dolores. En ella se enseñará y educará gratuitamente a veinte y cuatro niñas pobres de la misma villa"; se hace constar que las beneficiarias "tendrán no menos de seis años y no más de diez" (12).

Acto seguido se habla de la figura del "patrono", que decidirá los casos de quienes podrán beneficiarse de la fundación, y de la maestra que estará al frente de la Escuela. Ésta no podrá tener menos de 25 años ni más de 50; ha de ser viuda o soltera (sólo casada en caso de que no se encontrara

(10) JULIA VARELA, art. cit., pág. 272, nota.

(11) Debe recordarse la extraordinaria importancia disciplinar de este difundidísimo texto, emanación directa del Concilio de Trento, impreso por orden de este pontífice en 1566, que sirvió de referencia a todos los que en el mundo cristiano se utilizaron hasta bien avanzado el siglo XIX.

(12) En este y otros puntos parecen evidenciarse algunas pequeñas diferencias con respecto a la "Escritura de fundación de varias obras pías otorgadas por el Excmo. Sr. D. Gaspar de Jovellanos...", registrada el 4 de diciembre de 1796, que cita Javier Varela en su estudio sobre el patricio gijonés. Vid. JAVIER VARELA, *Jovellanos*, Madrid, Alianza Universal, 1989, pág. 104 y nota.

alguien de las anteriores), nacida y residente en Gijón (a falta de esta circunstancia "podrá ser del Principado", o de fuera incluso "siempre que exceda las pruebas y circunstancias temporales y morales"); que sepa "leer y escribir, hilar, hacer calceta, coser en fino y basto, bordar y planear todo con la mayor perfección que sea posible"; que "sea no sólo de buena reputación y conducta sino también de buena índole y carácter, bien educada, prudente, humana, paciente y aseada...". Las candidatas a ocupar este puesto de maestra pasarán un examen ante "dos señoras nombradas por el Patrono, el Penitenciario y el Párroco". El sueldo es de cuatro reales de vellón diarios y otro para pagar la casa en que debe vivir y tener la Escuela (13). "Mi ánimo es que las maestras no hagan una granjería de esta asignación, sino que si fuesen necesarios todos los trescientos sesenta y cinco reales para el alquiler de una casa conveniente a los objetos de la enseñanza no se acomode a otra donde las niñas estén en menos comodidad", expresa la fundadora, en términos que reflejan alguna duda sobre experiencias similares de las que, muy probablemente había adquirido noticias a lo largo de su vida. La casa de la maestra, además, tendrá "un poco de huerta, patio, corral, o sitio desahogado, donde las niñas puedan salir a esparcirse en las horas destinadas a su diversión". En caso de casarse, la maestra "no podrá ser despedida mientras no tuviese familia, mas cuando la tuviere, el patrono observará si el cuidado de ella, su solicitud y asistencia mengua a la enseñana y podría separarla si así sucediere"; por otra parte "no podrá llevar ningún salario ni gratificación de las niñas pobres ni tampoco podrá enseñar a niñas que no lo sean, si ya no fuere a las hijas del Patrono, las cuales pagarán a la maestra el estipendio que acordasen el mismo Patrono, el Penitenciario y el Párroco". Se extrema, también, el celo en conseguir una enseñanza que respete una *ratio* —diríamos hoy— ponderada: "tampoco podrá el Patrono nombrar ni la maestra enseñar más niñas pobres que 24 a la vez, porque a mayor número no podría aplicar la solicitud y el cuidado conveniente". Con respecto al horario de las alumnas se reglamenta éste con carácter anual: "Desde Resurrección hasta fin de septiembre por la mañana de las siete a las once y por la tarde de las dos a las seis; y desde primero de octubre a Resurrección de las ocho a las doce y de las dos a las cinco".

(13) El 11 de julio de 1771, en virtud de una Real Provisión, se fijaban por primera vez en España los requisitos y circunstancias que debían reunir los maestros de primeras letras en el desarrollo de su actividad educativa. "A las maestras, tristemente, sólo se les exige en este caso el Informe de vida y costumbres y el examen de Doctrina Cristiana". Apud JULIO RUIZ BERRIO, "La educación del pueblo español en el proyecto de los Ilustrados", en *La Educación en la Ilustración Española*, cit., págs. 163-191.

Datos sobre sueldos de maestros y maestras pueden verse en PALOMA PERNIL ALARCÓN, "Cantidad, educación y Política ilustrada en el reinado de Carlos III", en *La Educación de la Ilustración Española*, págs. 329-344.

A continuación, se enumeran en el texto las diversas enseñanzas que se impartirán en la Escuela. Se trata, como ya he dicho, de saberes eminentemente prácticos, dirigidos a orientar la futura situación familiar, material y doméstica, de las alumnas: "se enseñará a las niñas a leer en impreso y manuscrito, a hilar, devanar y torcer, a hacer calceta y coser en basto con la mayor perfección que se pudiere (...) también se enseñará a las niñas a planchar, barrer, fregar, hacer camas y demás hacienda de la casa, pues el ánimo es que en esta Escuela se dé la educación más conveniente a una madre de familia honrada y pobre. Pero sobre todo enseñará la maestra a las niñas la Doctrina Cristiana con la mayor perfección que pudiere por el catecismo que le señalare el Párroco de la villa (...). Tendrá gran cuidado la maestra de dar a las niñas frecuentes documentos de virtud y santo temor de Dios, de recato, modestia y compostura en sus acciones y palabras, sin consentir que en este punto se vea ni oiga en la Escuela cosa que desdiga de la pureza de ideas y costumbres que conviene inspirar y recomendar a unas criaturas tan dignas de cuidado por su desamparo e inocencia (...) También procurará la Maestra enseñar y recomendar a las niñas la mayor limpieza y aseo en sus personas, poniendo en ésto tanto mayor cuidado cuanto más las alejaren de ellos la indigencia de sus casas y la pobreza de sus vestidos". Todo ello viene a ser "un medio para colocarse honradamente y ser después buenas y útiles madres de familia". Para finalizar el capítulo de recomendaciones, aparece indicado que "la última hora de las mañanas se destinará, la mitad de la enseñanza de la Doctrina Cristiana y la otra mitad a alguna lectura relativa al mismo objeto. Esta lectura se hará alternativa en el compendio de la Religión y en el *Catecismo histórico* de Fleury" (14).

No podía faltar, en esta pormenorizada relación de reglas y recomendaciones, la alusión a los castigos que han de llevarse a cabo en caso de que las circunstancias lo aconsejen: "Las correcciones serán proporcionadas a la edad de las niñas, cuidando la maestra de hacerlas antes por medio del consejo, amonestación y reprensión que del castigo, el cual sobre convenir poco a la tierna e inocente edad de las educandas sería de más daño que provecho a la enseñanza. Si no bastase la amonestación se podrá castigar a las niñas con la privación del esparcimiento, pero de ningún modo con golpes, ni otro castigo corporal, que tengo por dañoso e inútil".

(14) El *Catecismo histórico* de Fleury es una de las obras de mayor influencia en el pensamiento católico ilustrado del siglo XVIII español. Publicado por vez primera en 1683, es traducido repetidamente a lo largo del siglo, siendo Mayáns uno de sus primeros y más fervientes apologistas. Sobre la huella de Fleury en España puede consultarse, entre otros, el estudio de JOËL SAUGNIEUX, *Le jansenisme espagnol du XVIII^e siècle, ses composants et ses sources*, Oviedo, Cátedra Feijoo (Textos y estudios del siglo XVIII, 6), 1975.

En este mismo año de 1792, fecha del segundo testamento de Josefa Jovellanos, publicaba FRANCISCO JAVIER ASPIROZ, una *Ilustración para la enseñanza de las Escuelas de Primeras letras en los pueblos...*, en la que se detallan los catecismos que deben aconsejarse en estos centros primarios. El de Fleury figura *enfatizado* dentro de la relación.

Hasta aquí llega el "reglamento" escolar pensado y expresado por Josefa Jovellanos para las niñas pobres de la Escuela de Nuestra Señora de los Dolores. Para subvenir a los gastos de su erección y puesta en práctica contaba la testadora con la venta de sus propiedades inmobiliarias en Madrid: tres casas adquiridas por su suegro Antonio de Argandona en torno a 1750, más 3.000 ducados de vellón de los 4.000 que su hermano Francisco de Paula y su cuñada Gertrudis del Busto "impusieron sobre sus bienes a favor de la otorgante en 1779" (15).

Finalmente, debo referirme al último de los testamentos, otorgado por Josefa Jovellanos el 5 de julio de 1793, pocos días antes de su ingreso en el convento de Agustinas de Gijón.

He dicho, al inicio, que estas postreras disposiciones se alejan bastante de la actitud mostrada por la otorgante en el primero de los testamentos estudiados, propia de una mentalidad muy religiosa pero aún plenamente civil. En primer lugar, antes de revisar algunas de las intenciones expresadas en los de 1791 y 1792, Josefa Jovellanos asegura que "he meditado con el favor divino los peligros del siglo y con cuanta quietud corporal y espiritual se sirve a N. Glorioso Señor en las clausuras; y por lo mismo he deliberado perpetuamente en el convento de monjas Agustinas Recoletas de la villa de Gijón". A continuación se especifican las disposiciones que atañen al entierro ("que sean sin la menor pompa y aparato") y al lugar elegido para la sepultura ("en dicho convento de religiosas"), modificándose el deseo de ser amortajada con el hábito franciscano —tal como aparecía en el primer testamento— por otro "según y a la manera que lo son las demás de las Señoras Madres" (16). Llama la atención, dentro de esa línea que se aleja de la mentalidad civil que percibíamos en el primer testamento, el cambio de disposiciones con respecto al Real Hospicio. En aquél se reservaba una pequeña cantidad para subvenir a sus gastos. En este último se precisa que deja "a las obras pías y mandas forzosas lo acostumbrado, con que las aparto de mis bienes, y al Real Hospicio nada" (17).

(15) Las casas citadas estaban ubicadas en las calles de Atocha "contigua a la Combalecencia de San Juan de Dios"; de Caballero de Gracia "frente al Oratorio de este nombre" y de Don Ildefonso "de su fallecida hija Vicenta". Las tres propiedades "reditúan actualmente unos diez mil reales de vellón al año". Los mil ducados que faltan de la cantidad impuesta por su hermano Francisco de Paula habían sido destinados a la fundación de una misa en 1784.

(16) Sobre estas interesantes cuestiones de la mentalidad religiosa ante la muerte puede consultarse hoy numerosos trabajos dentro de la bibliografía española. En el caso de Asturias puede verse el interesante estudio de BAUDILIO BARREIRO MALLÓN, "La nobleza asturiana ante la muerte y la vida", en *Actas del II Coloquio de Metodología Histórica Aplicada*, Santiago, Universidad de Santiago, 1794. También, en un sentido más general, y sobre estos temas, puede verse: ROBERTO J. LÓPEZ, *Oviedo: Muerte y religiosidad en el siglo XVIII*. Oviedo, Consejería de Cultura, 1985.

(17) "En los testamentos de finales del XVIII los escribanos hacen continuamente el recordatorio del Hospicio por si el testador quisiera hacer algún legado al mismo..." El desinterés

Afortunadamente, los propósitos de Josefa Jovellanos respecto a la Escuela de los Dolores no sufrieron ningún recorte ni restricción en esta última voluntad testamentaria del 93. Es más: en uno de los párrafos finales del texto se declara expresamente que "por lo tocante a las Escuelas de Niñas dejo dicha fundación en suficiencia, y encargo a dichos señores procuren con el mayor anhelo su establecimiento y subsistencia".

Lo cierto es que la Escuela de los Dolores iniciará su benéfica actividad un año después, en 1794, según se desprende de la carta que su hermano Gaspar le dirige a su amigo, el canónigo Posada, el 18 de julio de 1795 (18). La Escuela de Niñas y la de Santa Doradía (fundada por el abad de Santa Doradía de Rodiezmo, Fernando Morán Lavandera y puesta en funcionamiento por Jovellanos en 1795) se ubican en los mismos terrenos ocupados por el Instituto, permaneciendo vinculadas a él a través del patronato creado al efecto por el mismo Jovellanos. Ambas instituciones escolares, tras muchos avatares sufridos a lo largo de su historia (19) sobrevivieron hasta mediados del presente siglo, independientemente la de los Dolores y adscrita al Instituto la de Santa Doradía.

Y ya para concluir. La iniciativa fundacional de Josefa Jovellanos se inscribe en aquel requerimiento general que, tácita o explícitamente, está presente en la mentalidad reformadora de los ilustrados: extender la educación a todos aquellos que por múltiples circunstancias —casi siempre nacidas de las injustas estructuras sociales del Antiguo Régimen— se veían imposibilitados para acogerse a sus beneficios. Quedaba claro así que el gobierno dejaba en manos de los particulares la fundación, apertura y sostenimiento de las escuelas de primeras letras. Todos aquellos que participaron en la común ilusión reformadora de las instancias educativas hicieron lo posible para subvenir a las enormes necesidades que habían de cubrirse en ese campo (y ello no deja de señalar ciertas fronteras entre la mentalidad de los propios ilustrados). No fue, desde luego, la solución más eficaz para resolver el problema, pero situando éste en los justos términos, no cabe duda que la generosidad individual vino a paliar, en una pequeña parte, la fatal situación de desesperanza histórica en que se sintieron sumergidos los niños españoles de la centuria.

de la nobleza por esta institución benéfica puede deberse a que su estamento sabía perfectamente que cada municipio aportaba de hecho fondos para la misma. Vid. Barreiro, art. cit., pág. 12.

- (18) "Añado que mi hermana la monja ha fundado una escuela de caridad para enseñanza de 24 niñas huérfanas (...) la cual está abierta y corriente desde el pasado año..." Vjd. JOSÉ MIGUEL CASO GONZÁLEZ, *Gaspar Melchor de Jovellanos. Obras Completas*, Tomo III, Oviedo, Centro de Estudios del Siglo XVIII, 1986, pág. 126.
- (19) Vid. AGUSTÍN GERMÁN SANCHO, JOSÉ GONZALO SANCHO FLÓREZ, *El Instituto de Jovellanos*, Gijón, Ayto. de Gijón, 1993, págs. 100-101 y JOSÉ MIGUEL CASO GONZÁLEZ, *Obras Completas*, II, pág. 101.

Por otra parte, como ya he señalado, estos interesantes documentos notariales revelan en mi opinión un curioso aceleramiento en el cambio de mentalidad de una mujer perteneciente al estamento aristocrático, en el transcurso de unos pocos años. De una actitud perfectamente identificable con las posiciones de una religiosidad ilustrada (explícita en las disposiciones de 1791) pasamos a otra que se ha ido deslizando al terreno de un catolicismo reglado, doctrinario y convencional (en el tercer testamento de 1793), en virtud de aquellas presiones externas a la testadora —que Jovellanos lamentara tanto— y a la escasa autonomía vivencial que una mujer viuda debía soportar en tal contexto. El imperativo religioso en su cara más rigorista triunfaba, una vez más, sobre la moral civil y la ética individual del compromiso.

Universidad de Oviedo